

PROLETARIADO Y CIENCIA SOCIAL

Denis Sulmont*

“Proletariado”, “clase obrera”, “clase trabajadora” y “movimiento obrero” son expresiones muy utilizadas en el lenguaje común, el discurso ideológico y político y la ciencia social. Pocos conceptos han sido objeto de tantas controversias. Hoy día, en los países capitalistas desarrollados o no, así como en los países socialistas, a pesar de los múltiples intentos de evacuarlos, estos conceptos siguen vivos en los estudios y los debates de la realidad social contemporánea.

El presente trabajo apunta a clarificar la problemática del proletariado con el fin de contribuir a su tratamiento sistemático y científico.

Para este propósito, se ha adoptado por una revisión crítica de los enfoques y análisis más relevantes sobre dicha problemática. No se trata de una reseña exhaustiva, sino de una selección e introducción didáctica de los aportes que tienen utilidad para el debate y la investigación de hoy. Dada la tremenda amplitud del tema y su íntima relación con la compleja dinámica de conjunto de las sociedades actuales, se deja de lado una serie de particularidades nacionales y muchos aspectos específicos de la investigación del movimiento obrero, de su historia, de su cultura, etc. La última parte referida al proletariado de los países capitalistas periféricos, se centra básicamente en el caso latinoamericano.

La existencia social del proletariado está ligada a la vigencia de una división social del trabajo que transforma a los trabajadores en ejecutores parcelarios y subordinados, alejándolos cada vez más de la concepción y control global del proceso de producción y reproducción social. Dicho alejamiento se reproduce en las mismas organizaciones de los trabajadores, los partidos y la sociedad en su conjunto, y fundamenta la separación entre estado y ciudadanos. Mientras siga vigente esta ruptura básica en el seno del proceso social de trabajo y en la sociedad, mientras no se llegue a recomponer la conciencia con la práctica productiva del hombre, seguirá la *proletarización* de una parte de la sociedad y su subordinación a otra.

Considero que en la situación histórica actual, la proletarización está más que nunca al orden del día, y los proletarios modernos, no sólo

* Profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica.

siguen existiendo sino que se multiplican. El concepto de proletariado, como categoría analítica es fundamental. Pero al afirmar eso, quiero hacer tres precisiones.

En primer lugar, la proletarización es un proceso *en constante reformulación*, y no puede entenderse sino en relación al desenvolvimiento de los ciclos de producción y reproducción ampliada, que modifica constantemente la división social del trabajo y la situación de los sectores sociales involucrados en ella. Debe rechazarse un enfoque estático del concepto de proletariado.

En segundo lugar, las condiciones concretas de existencia de este proletariado en continuo proceso de redefinición son extremadamente variables. Esta diversidad forma parte de la *dispersión* del proletariado, que es su principal característica como "clase en sí" y constituye una condición fundamental de su subordinación a las clases dominantes. No debe confundirse proletariado con clase obrera constituida.

En tercer lugar, el proletariado no es una "cosa", ni una realidad social inerte, sino un conjunto de hombres involucrados en relaciones sociales con memoria histórica, mitos y potencialidad de conciencia y acción social a partir de condiciones históricamente determinadas. La condición de proletariado impone a los hombres una situación subalterna de "participación dependiente" al orden social vigente, pero también una resistencia a este orden, una práctica de clase con la perspectiva de una alternativa social. En otras palabras, en su existencia concreta, el proletariado es un *movimiento social*. Este movimiento se va desarrollando en el proceso histórico de la lucha de clases, no en forma unilateral ni homogénea, sino en procesos complejos y diferenciados de organización, acumulación de conciencia y fuerza social. En el proceso histórico concreto, la práctica de clase del proletariado aparece estallada en *varios movimientos*, que surgen y se retraen, reprimidos, dispersados o absorbidos por las clases dominantes. Pero, mientras subsistan las condiciones de su existencia, la realidad social del proletariado seguirá siendo la fuente de los principales movimientos sociales que cuestionan el orden establecido en las sociedades contemporáneas, constituyendo las fuerzas capaces de superar positivamente la contradicción principal que atraviesan estas sociedades.

1. *La clase obrera y el enfoque marxista.*

En la antigua Roma, los proletarios eran distinguidos de los esclavos, pero estaban fuera del sistema de cinco clases sociales en que, según su fortuna, se dividían los ciudadanos. Sus bajos ingresos hacían que no pagaran impuestos, por lo que sólo contribuían al estado con sus hijos, es

decir "su prole". De ahí el nombre.

Aplicado a diversos contextos histórico-sociales, el término de proletario puede referirse a los individuos "libres", sin ataduras, que no poseen nada aparte de su propia existencia como individuo. En el sistema feudal son los desarraigados, los vagabundos, los mendigos y los bandidos.

Los fenómenos que acompañaron al desarrollo del capitalismo industrial, desde el desalojo de los campesinos parcelarios por los cercamientos efectuados en Inglaterra a fines del siglo XVIII, hasta la ruina del artesano y la formación de una masa de trabajadores fabriles en las ciudades europeas a mediados del siglo XIX (Ver Dobb y Hosbawm), pusieron en primer plano el problema de la pauperización y proletarización y del surgimiento del movimiento obrero. Estos fenómenos fueron abordados por los primeros socialistas utópicos y los economistas liberales clásicos, influyendo además sobre el desarrollo de las nuevas corrientes filosóficas, en especial el hegelianismo en Alemania, el nacimiento de sociología, y en general sobre el curso intelectual, científico, político y cultural de la época.

Sin duda, Friedrich Engels - con su notable estudio sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1845- y Karl Marx - con su colosal obra, en buena parte compartida con Engels - son los que más contribuyen a sistematizar la teoría y práctica del "Proletariado Moderno".

Mientras que Saint Simon ve en el proletariado la capa más pobre de la "clase industrial", capa infeliz destinada a desaparecer con el progreso, y que Proudhon defiende la pequeña propiedad y el pequeño productor libre frente a la proletarización y el gran capital, Marx y Engels apuntan a señalar el desarrollo creciente del proletariado, con la acumulación capitalista, proletariado que sólo desaparecerá al destruir el régimen capitalista e instaurar una sociedad sin antagonismos de clase "en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos".

El *Manifiesto del Partido Comunista*, escrito por ambos en 1848, marca un hito histórico en la medida que no solamente sintetiza los elementos principales del análisis marxista del proletariado, sino que se convierte en una "carta magna" del movimiento obrero y la expresión de las grandes esperanzas revolucionarias, del cual el proletariado se hace el portador.

Los estudios de Marx y Engels se ubican en el período de transformación de la manufactura en la gran industria, marcado por el ascenso de la burguesía y la conformación del proletariado fabril. La predo-

minancia del carácter obrero de este proletariado en proceso de constitución como clase explica que utilicen sobre todo el término de “clase obrera”, o “movimiento obrero”.

El enfoque marxista sobre el proletariado tiene varios ángulos complementarios. Antes del tratamiento del “Manifiesto” y otros textos políticos, está el de los *Manuscritos Económico-Filosóficos* de 1844, donde Marx analiza la situación del trabajo en la sociedad capitalista a partir del concepto de “alienación”, refiriéndose a la esencia del hombre en general: su ser genérico activo, su capacidad productiva mediante la cual humaniza la naturaleza y se realiza en ella; el trabajo enajenado en el proceso capitalista arranca al hombre el objeto de su producción y le arranca su propio ser. Sin abandonar este tratamiento genérico, Marx explicita la alienación del trabajo en el análisis concreto del proceso de producción y acumulación del capital en su *Crítica a la Economía Política (El Capital)*. La alienación es la explotación del trabajador productivo, cada vez más desposeído de su propia pericia y enfrentado a una potencia extraña en la división social del trabajo de la gran industria; fuerza de trabajo transformada en capital “variable” productor de plusvalía, como mercancía absorbida y expulsada según las necesidades de la acumulación. Este análisis está desarrollado en *El Capital*, no sólo en relación al proceso inmediato de la producción (Tomo I), sino en relación a la circulación y la dinámica de la acumulación, sus condiciones y ciclos de reproducción ampliada (Tomo II y III).

Al centrarse en el modo de producción capitalista en su forma más depurada, Marx tiende a insistir en la polarización social existente en torno a las clases fundamentales. Pero su análisis no excluye los sectores intermedios, ni deja de tratar los procesos de proletarianización y la resistencia de los sectores sociales - clases tradicionales, pequeña burguesía, etc. - que “caen en los filos del proletariado”. Marx no pudo concluir su análisis de las condiciones sociales de reproducción del capital, y en especial del Estado, previsto en un IV tomo del *Capital*. Su obra central se refiere al capitalismo industrial más avanzado de su época - Inglaterra -, dejando abiertos amplios campos de investigación específica en otros contextos.

Se ha subrayado no sin razón la perspectiva principalmente “optimista” de Marx y Engels en su análisis del proletariado como clase revolucionaria: su transformación de clase “en sí” a clase “para sí”, organizada en partido político y conciente de sus objetivos históricos. De un estudio inicial de masa disgregada por la competencia, el proletariado se va concentrando en grandes centros urbanos industriales y, en su lucha por intereses co-

munes inmediatos, se une en coaliciones y sindicatos. La defensa de su propia organización y de sus intereses más generales lleva a una unificación cada vez mayor y una organización de carácter político, nacional e internacional.

Esta perspectiva optimista tiene también su fundamento en la correspondencia que se deduce del análisis marxista clásico, entre la contradicción: desarrollo de las fuerzas productivas - relaciones sociales de producción, y la contradicción: clase capitalista - clase proletaria. La primera contradicción se agudiza con la acumulación capitalista, que tiende a desarrollar el carácter social de las fuerzas productivas, manteniendo el carácter privado del control de los medios de producción y debe resolverse dialécticamente en la socialización de los medios de producción, liberando cuantitativa y cualitativamente el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta contradicción y su resolución dialéctica se “traducen” en términos de lucha de clases entre la burguesía y el proletariado y la toma del poder de este último, creando las condiciones para superar el antagonismo de clases en la sociedad.

Esta tesis marxista genérica da pie en muchos casos a simplificaciones que reducen el análisis a una “coreografía hegeliana”, descuidando el estudio del desarrollo concreto de las contradicciones, identificando el proletariado a priori como sujeto revolucionario, independientemente de las condiciones específicas de su desarrollo como clase. Este tipo de abstracción (cosificación o idealización) no tarda en chocar con la realidad e induce finalmente a negar su existencia misma como clase y potencial histórico.

Existe implícitamente en muchos de los actuales portavoces de la “perdida de potencial revolucionario del proletariado” (Arrighi Emmanuel, Bon y Burnier, Marcuse, etc.) el supuesto que en la época del marxismo clásico dicho potencial era evidente y que, sólo después, la clase obrera degeneró y fue “integrada al sistema”. Ciertamente, como dijimos, el análisis marxista inicial se ubica en una fase histórica de ascenso en la formación de la clase obrera. Pero, además que este “ascenso” tenía sus altibajos e incluso fuertes retrocesos, la masa obrera estaba lejos de constituir una clase homogénea y su situación de extrema miseria y explotación no tenía siempre como correlato - una conciencia revolucionaria. Desde el punto de vista ideológico y político, coexistían una gran variedad de tendencias, desde la subordinación más dependiente al autoritarismo paternalista, hasta el mesianismo religioso, pasando por múltiples matices reformistas.

Los mismos Marx y Engels se abocan a analizar algunos fenómenos que atraviesan al movimiento obrero de su época, contradiciendo a aparentemente el llamado potencial revolucionario. Engels en particular analiza tres tipos de fenómenos: en primer lugar la existencia de obreros de oficios organizados, privilegiados en el mercado de trabajo, con mentalidad gremialista muchas veces conservadora (“aristocracia obrera”); en segundo lugar, la capacidad de “corrupción” material e ideológica de ciertos líderes obreros por parte de la burguesía, como consecuencia de la pasividad de las bases en las organizaciones; y por último el “aburguesamiento” de la clase obrera como consecuencia de la posición monopolística del capitalismo en la economía mundial, permitiendo a la burguesía conceder parte de sus sobreganancias a los trabajadores para mediatizar su combatividad y ganarlos a un pacto nacional. Debe señalarse que para Marx y Engels estos fenómenos tienen un carácter relativo y transitorio y no contradicen las tendencias históricas de la lucha de clases en el capitalismo.

2. *Primeras polémicas en torno al enfoque marxista del proletariado*

Los principales adversarios del marxismo en el seno del movimiento obrero y del pensamiento social son inicialmente los socialistas anti-estadistas y anarquistas liderados por Proudhon y Bakunin, el reformismo social (los socialistas británicos, Luis Blanc en Francia, etc.), y el catolicismo social que se expresará en 1891 con la Encíclica *Rerum Novarum*.

Proudhon en particular deja profundas huellas en el pensamiento socialista, como puede observarse en el seno de la Primera Internacional creada en 1864, en la Comuna de París en 1871, y en el movimiento sindical posterior. Prevee e impulsa algunas conquistas sociales del proletariado, como la participación obrera a la gestión y beneficios de las empresas, el cooperativismo y otras formas de ingerencia de los trabajadores en la organización social y económica.

El marxismo penetró poco en los países anglosajones. Corrientes como los Fabianos -anti-estadistas- y el “Gild Socialism” - estadista - se preocupan ante todo de la legislación social, cooperativismo y socialismo municipal. Dentro del movimiento Fabiano, Sidney y Beatriz Webb publican dos obras: *Historia del Trade Unionismo* (1894) y *La Democracia Industrial* (1897) que pueden considerarse como precursoras de la sociología del sindicalismo.

Sin embargo, el marxismo llega a ser la ideología dominante del

movimiento obrero particularmente en Europa continental, imponiéndose en la orientación de los partidos social-demócratas o socialistas, y en la Segunda Internacional fundada en 1898.

Importantes teóricos y políticos como Jules Guesde en Francia, Rosa Luxemburgo, Wilhelm y Karl Ljédknecht y Karl Kautsky en Alemania, Augusto Bebel en Bélgica, Plejanov en Rusia, Antonio Labriola en Italia, Otto Bauer en Austria, contribuyen al desarrollo del enfoque marxista en Europa, influyendo en múltiples pensadores tales como Georges Sorel, Benedetto Croce, Max Adler, etc. Desde entonces gran parte de la ciencia social se desenvuelve, explícita o implícitamente, en intenso "diálogo" con este enfoque, como es caso de los trabajos de Max Weber, Sombart, Schumpeter, Simmel y otros.

Sin embargo, al mismo tiempo que el marxismo clásico se impone en el pensamiento radical europeo, empiezan a surgir en su seno enfoques "revisionistas", que tratan de dar respuesta a las tendencias sociopolíticas que en los países capitalistas desarrollados no parecen corroborar las perspectivas revolucionarias de la clase obrera: prácticas economicistas y reformistas, mejoría relativa del nivel de vida de los obreros, etc. Bernstein encabeza esta corriente de revisión del marxismo, sistematizando las constataciones empíricas sobre los límites de la conciencia de los trabajadores (sus prejuicios, su incapacidad gestionaaria, etc.) y cuestionando la tesis de la agudización de las contradicciones en el seno del capitalismo. En la práctica, Bernstein propicia un sindicalismo orientado a la conquista progresiva de beneficios inmediatos, abandonando el "mito" revolucionario. Su análisis parte de una concepción determinista o "fatalista" de la sociedad y de la historia, que excluye la praxis revolucionaria. Esta concepción le hace valorar el movimiento en sí, al margen de su intencionalidad política. "El movimiento es todo, escribe; lo que comunmente se llama el objetivo no es nada".

Kautsky, luego de oponerse a Bernstein, termina avalando su tesis, afirmando la posibilidad de integración pacífica del capitalismo en el socialismo cuando existen condiciones democráticas y planteando la necesidad a una revolución sólo en caso de regímenes despóticos. Esta concepción llega a "calar" en gran parte de los partidos socialistas o social-demócratas.

Estos planteamientos "revisionistas" o "reformistas" son rebatidos con fuerza por la izquierda del movimiento socialistas internacional, en especial por Lenin, Rosa Luxemburgo y Gramsci. Sus aportes representan un nuevo hito en el desarrollo del enfoque marxista, considerando las nuevas condiciones de la época.

3. *La polémica leninista*

La polémica de Lenin - así como la de Luxemburgo y Gramsci - con las tendencias reformistas en el seno de la Segunda Internacional, se inscribe en una reflexión sobre el Partido, y sobre el imperialismo.

En un tono muy polémico, Lenin plantea en su libro *¿Qué hacer?* (1902) un análisis del movimiento obrero, distinguiendo nítidamente dos tipos de conciencia: la "trade unionista", y la "social demócrata" (o política de clase). La conciencia trade unionista es la que surge espontáneamente de la lucha sindical de los trabajadores a partir de las condiciones impuestas por el capital: lucha compartimentalizada, centrada en conquistas económicas inmediatas e influida por la ideología dominante; se trata por lo tanto de una "falsa conciencia", resignada o defensiva, que puede llegar a ser "rebelde", pero no domina los medios teóricos y organizativos de su proyecto de clase. Gramsci, retomando este análisis, señalará en *Sindicalismo y Consejos*, (1919): "el sindicalismo organiza a los obreros no como productores sino como asalariados, es decir como criatura del régimen capitalista...el sindicalismo une a los obreros de acuerdo con la forma que les imprime el régimen capitalista". La conciencia política de clase, en cambio, se refiere a los intereses generales de la clase obrera y su proyecto histórico; expresa el pase de la clase "en sí" a la clase "para sí". Este pase se realiza no como un "movimiento natural" - o espontáneo- de la clase, sino como un movimiento transformado por una teoría y un partido revolucionario. El desarrollo de la conciencia política de clase exige un esfuerzo sistemático, persistente y prolongado, y por lo tanto la intervención mediadora de intelectuales especializados.

Influido por las circunstancias políticas de Rusia a principios del siglo, el *¿Qué hacer?* de Lenin insiste en la necesidad de organizar el partido de manera muy centralizada y disciplinada en torno a un núcleo profesionalizado traído "desde afuera" de la clase obrera. Este punto es rebatido por Luxemburgo en *Cuestión de Organización de la social democracia rusa--* (1904) que, partiendo de la realidad distinta del movimiento obrero alemán, llama la atención sobre los peligros del centralismo rígido y del sustitutismo político. El mismo Lenin rectifica las "exageraciones" del *¿Qué Hacer?* posteriormente a la revolución rusa de 1905. valorando la creatividad política de las masas en su acción directa. Al igual que Gramsci más tarde respecto a la experiencia de los consejos obreros de Turín, Lenin ve en los soviets la expresión de una conciencia revolucionaria y el embrión de un estado socialista.

Lenin desarrolla su análisis de la conciencia tomando en cuenta la

heterogeneidad de la clase obrera y sus ciclos de flujos y reflujos, en relación a las ,*crisis*. La heterogeneidad está ligada a las condiciones objetivas de organización y movilización: origen social, nivel cultural, calificación profesional, concentración empresarial y geográfica, tradición sindical y política. Estas condiciones explican la existencia de "sectores" - atrasados, intermedios, avanzados - definidos en relación a la conciencia política de clase. En este sentido, Lenin establece una distinción entre diversos tipos de *conciencia obrera* que expresan el nivel alcanzado por los diversos sectores obreros a partir de su situación concreta inmediata, impregnada en mayor o menor grado de ideología dominante, y la *conciencia de clase* que encarna la "conciencia posible" de la clase en su conjunto. En su famosa obra *Historia y Conciencia de Clase* (escrita entre 1919 y 1922) Lukács retomará esta problemática distinguiendo entre "conciencia psicológica" y "conciencia adjudicada".

Más importante aún en el análisis leninista y luxemburguista son las variaciones de la conciencia obrera en el tiempo. Estas variaciones están ligadas a los períodos de estabilidad y de crisis en la lucha de clases. En el periodo de estabilidad y de la expansión económica, el proletariado fortalece sus organizaciones gremiales, se centra en luchas inmediatas y desarrolla una conciencia "trade unionista", favorable a las direcciones políticas reformistas y oportunistas. Pero con las crisis, las luchas se extienden y politizan, emerge la conciencia política de clase, y se fortalecen las direcciones revolucionarias. Se pasa así de la guerra económica sorda a una guerra política abierta. Luxemburgo muestra, en su obra *Huelga de Masa, Partido y Sindicato* (1906), como, a partir de conflictos muy localizados, la crisis genera un vasto movimiento de masa, despertando bruscamente la conciencia de clase latente que poco antes seguía en estado potencial e ideológicamente subordinada. Cuando el movimiento obrero está derrotado, viene de reflujo. Pero no se trata de un simple "regreso a la normalidad", sino que cada oleada de acción política deja un residuo fecundante de educación y organización política de las masas. En este punto, existe un matiz entre el análisis de Luxemburgo y Lenin. La primera enfatiza los aspectos de espontaneidad en la movilización de masas y desarrolla una "teoría de la auto-educación del proletariado" en la crisis, asignando al partido el papel de vanguardia esclarecida que se adelanta a la conciencia de clase, la educa y la cultiva posteriormente a la crisis. Lenin, en cambio, insiste más en el papel de organización y dirección revolucionaria del partido frente a la espontaneidad de las masas, dándole un carácter más voluntarista.

Los matices entre Lenin y Luxemburgo pueden notarse también en

su explicación de la llamada “degeneración oportunista” del movimiento obrero y de la Segunda Internacional.

Las tendencias reformistas u oportunistas en el movimiento obrero no pueden considerarse como un fenómeno transitorio y minoritario. Al contrario, parecen imponerse desde la segunda década del siglo. No pueden explicarse mediante tal o cual factor, sino mediante un análisis global del periodo. El enfoque de Lenin al respecto se engarza en su teoría del imperialismo, desarrollando las observaciones iniciales que había realizado Engels.

Para Lenin, la burguesía de los países capitalistas avanzados, al contar con mayores ganancias monopólicas e imperialistas, dispone de los medios necesarios para dividir al movimiento obrero: fomenta por un lado el aburguesamiento de una capa del proletariado, transformándola en “aristocracia obrera”; y coopta por otro lado a una fracción de esta aristocracia obrera, transformándola en “burocracia obrera” capaz de controlar las organizaciones políticas y sindicales del proletariado. Lenin confía que, con las crisis, el reformismo será socavado y derrotado políticamente. Sin embargo el fenómeno reformista mostrará mayor resistencia de lo esperado.

La explicación leninista de la aristocracia y burocracia obrera enfatiza los *elementos condicionantes externos* al proletariado. La explicación de Luxemburgo está ligada más bien a un análisis de las *contradicciones internas* del movimiento obrero: en particular la contradicción entre sus fines generales y las mediaciones particulares de su lucha cotidiana en el marco de la sociedad burguesa. Esta contradicción se refleja en el partido: el “oportunismo” expresa la preocupación casi exclusiva en las mediaciones particulares, mientras que el “sectarismo” refleja la preocupación casi exclusiva en la meta final. Estas contradicciones, inherentes al movimiento obrero, sólo se superan dialécticamente en los ciclos de la lucha de clases. Como lo muestra Henry Weber, la explicación luxemburguista del oportunismo está más cerca de los planteamientos leninistas sobre la conciencia obrera “tradeunionistas” y “social demócrata”, que la misma explicación de Lenin sobre el oportunismo.

Es interesante recoger en relación a lo anterior, un aporte de otro analista del problema imperialista, Bujarin. Este muestra que si bien la relación capital-trabajo significa principalmente un antagonismo, implica también una solidaridad de intereses inmediatos, basadas en su interdependencia. Esta interdependencia puede reforzarse en torno a un pacto nacional en determinadas condiciones.

De hecho, no basta la obrera, o de una "capa superior de ingreso o calificación, y dicha. En efecto, el aburguesamiento de la clase obrera, al igual que requiere de condiciones económicas que atraviesa a la clase obrera es de una contradicción interna que aburguesan en términos ideológicos de demostrarlo en determinación de la existencia del reformismo obrero de la manera como se resurgiese ancla más profundamente instrumentalizando sus contenidos. Por ejemplo la división y guerra de 1919 es decisiva para explicar el surgimiento de las tendencias reformistas en la social-democracia

4. EL PROBLEMA DE LA

Como hemos visto, el fenómeno de la burocracia obrera es un elemento importante en la política de la Tercera Internacional, en especial por lo que este fenómeno sigue siendo un problema para profundizar la problemática de su organización.

El fenómeno de la burocracia obrera en Alemania Robert Michels (*Los orígenes de la democracia moderna y el problema de la oligarquía*). Michels, aplicando el concepto de la burocracia, muestra que la burocratización de las organizaciones de gran escala industrial. La complejidad de las actividades hace necesario la profesionalización de los cuadros, los cuales, aún cuando estén sujetos a una virtual estabilidad. Además, al no tener otras fuentes de ingresos, se aferran a sus puestos, lo que profundiza la brecha entre dirigentes y bases, proceso que Michels llama "la regla férrea de la oligarquía"

El economista de la aristocracia obrera, definida en términos de la masa proletaria propiamente dicha, es la aristocratización de sectores de la burocracia obrera, si bien restringida, es un fenómeno que surge, y no existe sino como parte de las masas más proletarizadas también se dejan de ser una fuerza clasista y burocrática. La explicación de la persistencia de la burocracia obrera deslignarse de un análisis históricamente las crisis y como la burocratización en el seno del proletariado, y en especial en los periodos de reflujo. El surgimiento del movimiento obrero alemán en 1919 es decisivo para explicar el surgimiento de las tendencias reformistas en la social-democracia

ACIA

de la burocracia obrera es un elemento importante en la política de la Segunda Internacional, en especial por lo que este fenómeno sigue siendo un problema para profundizar la problemática de su organización.

El fenómeno de la burocracia obrera en Alemania Robert Michels (*Los orígenes de la democracia moderna y el problema de la oligarquía*). Michels, aplicando el concepto de la burocracia, muestra que la burocratización de las organizaciones de gran escala industrial. La complejidad de las actividades hace necesario la profesionalización de los cuadros, los cuales, aún cuando estén sujetos a una virtual estabilidad. Además, al no tener otras fuentes de ingresos, se aferran a sus puestos, lo que profundiza la brecha entre dirigentes y bases, proceso que Michels llama "la regla férrea de la oligarquía"

para que el dirigente se transforme no en representante del movimiento obrero, sino en *intermediario* entre el trabajo y el capital, e incluso para que sea cooptado por este último y sus aparatos políticos, fomentando así el conservadurismo social.

El análisis de Michels completa los aportes leninistas y tiene una influencia importante sobre el enfoque trotskista y otros análisis del problema de la burocracia obrera.

El enfoque trotskista del problema se refiere al movimiento obrero de los países capitalistas por un lado, y al proceso político soviético por otro.

En relación a los países capitalistas, Trotsky considera a la burocracia obrera como uno de los pilares decisivos del mantenimiento del poder de la burguesía. Los gobiernos de los países capitalistas utilizan a los dirigentes oportunistas o corruptos como eficaces instrumentos de subordinación del movimiento obrero, en especial para afrontar los periodos de crisis. En base a una concepción cataclísmica de la crisis del capitalismo previa a la Segunda Guerra Mundial, Trotsky confía en que la radicalización de las bases obreras - particularmente en los sindicatos - va a desbordar a los dirigentes e imponer un control obrero.

En relación a la Unión Soviética, Trotsky habla de "deformación burocrática del estado obrero". Su explicación se base ante todo en la consecuencia del aislamiento de la revolución soviética, al no extenderse en otros países.

Análisis posteriores profundizan la explicación del fenómeno burocrático en los países socialistas refiriéndose por un lado al problema de la reproducción de la división capitalista del trabajo en el proceso de industrialización implementado en estos países, y por otro lado al problema de la identificación entre Estado, Partido y Sociedad que genera un poder estatal totalitario.

El problema del carácter de la revolución proletaria y sus peligros burocráticos es subrayado por sectores de oposición al interior de la Tercera Internacional y del movimiento comunista posterior. Tal es el caso de los "consejistas" como el holandés Anton Pannekoek y el alemán Paul Mattick, o de los impulsores de la autogestión como el yugoeslavo Eduard Kardely.

El análisis de la burocratización de la elite política y de la centralización del poder en Yugoslavia lleva a Milovan Djilas a hablar de una "nueva clase dirigente". Por su parte, en la línea de la revolución cultural china, analistas como Charles Belteim enfatizan la permanencia de la ley del valor y lucha de clases en los países en "transición hacia el socialis-

mo". En su "Contribución a la crítica del socialismo realmente liberal existente", el alemán del este Rudolf Bahro, habla de dictadura "polit-burocrática" (término acuñado a partir de la palabra Polit-buro, o buró político).

En los países capitalistas occidentales, el desarrollo del Estado luego de la crisis de los años 30 y el agigantamiento de las corporaciones modernas llama la atención de los analistas sobre los procesos de racionalización burocrática y concentración de poder en manos de los "managers" y tecnócratas. James Brunham y Thorstein Veblen en Estados Unidos, o Raymond Aron en Francia, ven en estos procesos una convergencia entre el modelo de la sociedad industrial de los países capitalistas y socialistas. Alain Touraine señala que dichos procesos forman parte de un tránsito de la sociedad industrial a una sociedad "post-industrial", "tecnocrática" o "programada", basada en un modelo de racionalización técnica, organizativa y política, que involucra el uso sistemático de la información y de la ciencia. Touraine, muestra que este tipo de sociedad está dominada por una lógica de poder referida a una lucha de clases. En este contexto, el movimiento obrero característico de la sociedad industrial tiende a institucionalizarse, pero surgen nuevos movimientos sociales antitecnocráticos que, además de la insurgencia estudiantil, involucran la oposición de los técnicos, expertos y profesionales, hasta las luchas feministas, regionalistas, antinuclares y otras.

El problema de la burocratización está también a la orden del día en las sociedades capitalistas periféricas. En América Latina, los procesos nacional-populistas implican el desarrollo de la intervención del Estado y un intento de "corporativización" de los movimientos sociales, y en especial movimientos obreros y populares urbanos, como en el caso del Varguismo en Brasil. Posteriormente, esta "corporativización" es reasumida por estados burocrático-autoritarios, para enfrentar la crisis del desarrollo nacional populista y la radicalización de las luchas populares con la nueva expansión del capitalismo internacional en los países latinoamericanos.

La incidencia del corporativismo y del Estado burocrático-autoritario sobre el movimiento obrero latinoamericano, es enfocada por Fernando H. Cardoso, Francisco Weffort, Francisco Delich, Elizabeth Jelin y Enzo Faletto, entre otros, quienes analizan en términos de "movimientos sociales", los procesos de ruptura de las bases y la radicalización política que se desarrollan en contraposición a las dirigencias burocratizadas de los sindicatos y del aparato estatal.

Analistas sociales del movimiento obrero en Africa y Asia tienen también interesantes aportes en este sentido. Peter Waterman por ejemplo

analiza el papel de agentes del conservadorismo social de los líderes sindicales africanos identificados con los partidos oficialistas en el poder luego de los procesos de independencia nacional y el comportamiento de las masas proletarizadas y semi-proletarizadas frente a estos líderes.

El problema de la burocratización nos lleva a analizar las estrategias de organización del proletariado desde dos puntos de vista contrapuestos: el punto de vista del capital - y del estado- que, partiendo de la división social y de la administración del trabajo, busca integrar al proletariado a una organización social y a valores definidos por los intereses dominantes; por otro lado el punto de vista del mismo proletariado y de los sectores populares dominados, que resisten a la subordinación y la dispersión de sus fuerzas protagonizando luchas y movimientos sociales y desarrollando formas alternativas de organización junto con nuevas orientaciones e ideologías. En la dinámica social concreta, estos dos puntos de vista se confrontan en una relación desigual de clases. El análisis dialéctico de las relaciones de clases y de desarrollo de los movimientos sociales es necesario para tener una comprensión cabal de los fenómenos relacionados al proletariado.

Los avances de la ciencia social en este sentido parten de una revisión crítica de las sistematizaciones de la problemática laboral del punto de vista del capital. Trataremos a continuación lo que podemos llamar la ciencia de la administración del trabajo y la de la gestión de los conflictos laborales.

5. *LA CIENCIA DE LA ADMINISTRACION DEL TRABAJO.*

Los economistas clásicos, y tecnólogos como Adrew Ure y Charles Babbage (precursor de la computadora) son los primeros en tratar desde un punto de vista científico los problemas de organización y administración del trabajo en las relaciones capitalistas de producción en el siglo pasado. Sin embargo, es sólo con el gigantesco desarrollo de la industria de los monopolios cuando se difunde a principios del presente siglo, la llamada "administración científica" del trabajo. Su principal propiciador fue un obsesionado jefe de producción de las acerías de Midvale en Estados Unidos, Frederick Taylor. Como lo señala Harry Braverman, el Taylorismo es "la ciencia de la organización del trabajo ajeno, bajo condiciones capitalistas" basado en la disociación radical del proceso de trabajo de la pericia de los obreros, la separación de la concepción de la ejecución y el uso del monopolio del conocimiento para controlar cada paso del trabajo y su modo de ejecución. Taylor no hace

más que llevar hasta sus últimas consecuencias el principio de división detallado del trabajo descubierto por Adam Smith y Charles Babbage, señalando las ventajas en términos de costo y productividad de la parcelización del proceso de trabajo en unidades simples, permitiendo el empleo de la mano de obra en la cantidad más exacta y con el nivel de calificación mínima posible.

Pero también y ante todo, el taylorismo lleva hasta sus últimas consecuencias el principio de control absoluto del capital sobre los trabajadores al interior de la empresa capitalista, lo que Marx denominaba "despotismo de fábrica". En efecto, la preocupación de Taylor es, para aumentar la producción, vencer lo que él llama la flojera sistemática de los trabajadores (por ejemplo el "tortuguismo industrial", el trabajo a desgano, el sabotaje de la producción y otras formas de resistencia obrera de carácter intencional y colectivo a las exigencias de producción impuestas). Para ello, Taylor plantea que cada uno de los detalles de las tareas por cumplir estén previstas, ordenadas y controladas solamente por la administración empresarial, excluyendo cualquier ingerencia de los trabajadores. De esta forma, el ritmo de producción y las tareas son dictadas a los obreros tanto por la maquinaria misma, como por un sistema "científico" de reglas, elaborado previamente por los expertos. La maquinaria y la "ciencia" se transforman así en potencias extrañas y abstractas que se imponen al trabajador, como si fueran ajenas a una relación social con el capital, "objetivando" el carácter despótico de la dirección al interior de una empresa capitalista.

El método taylorista tiene una amplia difusión, hasta en los países socialistas, y constituye hasta ahora la base fundamental de la administración del trabajo. Es completado por estudios sobre la organización de la labor administrativa, como los de Henry Fayol.

Desde el principio, el método taylorista requiere de una extensa gama de expertos, tanto para estudiar y planificar la administración del trabajo como para seleccionar y supervisar el personal. Además dicho método trae una serie de problemas, tales como el aumento de la fatiga, la insatisfacción y desinterés en el trabajo, el "stress mental", el ausentismo, la hostilidad laboral hacia la gerencia, etc. Es en respuesta a estos problemas que nacen la psicología y la sociología industrial.

La psicología aplicada a los problemas del trabajo industrial tiene como promotores iniciales a Hugo Munsterberg y Walter Dill Scott, quienes combinan los aportes de la psicología experimental de la escuela de Leipzig en Alemania con la escuela de Administración Científica del Trabajo en Estados Unidos.

El principal iniciador de la sociología industrial es Elton Mayo, quien reacciona contra el enfoque individualista de los problemas de insatisfacción en el trabajo. Tras los prolongados y exhaustivos experimentos en los Talleres de Hawthorne, de la Compañía Western Electric en Chicago, Mayo muestra que las reacciones de los obreros a los cambios inducidos por la dirección de la empresa tienen ante todo un carácter colectivo. Al igual que Taylor, le llama la atención la solidaridad existente en los equipos de trabajo. Pero a diferencia de éste, Mayo desarrolla una teoría de las "relaciones humanas", apuntando a demostrar que la productividad aumenta cuando existe una adecuada integración social de los trabajadores y una motivación grupal en torno al trabajo que realizan. En su obra *Los problemas humanos de una civilización industrial* (1945), Mayo plantea transformar a cada empresa en un lugar decisivo de realización social del hombre en la sociedad actual.

Las teorías sobre el grupo humano y las relaciones sociales en la empresa son desarrolladas por múltiples trabajos posteriores, como los de F. Roethlisberger sobre las relaciones de autoridad y Rensis Likert sobre los incentivos.

Las diversas escuelas de Relaciones Humanas influyen en la introducción en las empresas de diversas modalidades de humanización del trabajo y valorización del grupo de trabajo: recomposición y enriquecimiento parcial de las tareas, flexibilización de las relaciones jerárquicas y discusiones de grupo, uso de sistemas de bonificación al rendimiento colectivo y otras formas limitadas de participación, creación de oficinas de Relaciones Humanas, Servicios de Asistencia Social, Programas Socio-Culturales, etc.

Ciertamente las escuelas de Relaciones Humanas tienen un impacto sobre el estilo de administración del trabajo, llamando la atención sobre los aspectos ideológicos de las relaciones sociales en las organizaciones que el taylorismo descuida, y fomentando una prolífica línea de investigación en el campo de la sociología de la empresa. Sin embargo, estas escuelas no llegan a cuestionar los fundamentos de la organización científica de la administración de trabajo. Sólo se limitan a tratar de hacer más viable esta organización.

Los planteamientos teóricos generales de las escuelas de las Relaciones Humanas son rebatidos tanto por los empresarios como por las organizaciones sindicales, considerándolos generalmente como utópicos o manipuladores. Elton Mayo ignora el fenómeno sindical en sus análisis. La introducción de sistemas privados y públicos de represión en las empresas modernas (guardias armados, redes de información secreta, leyes anti-

-sindicales y anti-huelgas), paralelamente a la implementación de programas de humanización del trabajo, muestra claramente los límites de su enfoque.

De hecho, el desarrollo de la ciencia de la administración del trabajo sigue un curso diferente: combina la "escuela clásica" taylorista con los aportes de la sociología estructural funcionalista y una concepción pragmática del "managerismo".

El tamaño y la complejidad creciente de las organizaciones empresariales ligadas al desarrollo de los monopolios super-gigantes a partir de la Segunda Guerra Mundial influyen sobre el desarrollo de una *ciencia de los sistemas sociales*. El funcionamiento de la sociedad, entendida como sistema y subsistemas parciales, compuestos de individuos e interactuando a través de relaciones formales y no formales, llega a ser la preocupación principal de la sociología industrial. Este enfoque tiene sus teóricos más importantes en T. Parsons y R. Merton.

Parsons desarrolla un esquema analítico de cuatro niveles de organización de la sociedad que interactúan uno sobre el otro: 1) organización técnica 2) la organización administrativa que regula los cambios que se dan en el primer nivel 3) la organización institucional, en el que se toma las decisiones de carácter general incidiendo sobre los niveles anteriores, y 4) la organización societal en la que se definen las grandes orientaciones y objetivos para el conjunto de la sociedad. La integración del sistema social - su equilibrio - se logra mediante ajustes que permiten regular los cambios pasando de un nivel a otro y adaptar cada organización a los objetivos y valores de la sociedad entendida como unidad funcional. Interesa en particular subrayar el aporte parsoniano referido al análisis de una organización no encerrada en su pura lógica organizacional, sino ligada a la *toma de decisión* y a las *orientaciones generales de la sociedad*. Este enfoque de la organización permite a Merton explicar los problemas que Mayo había detectado en los experimentos de Hawthorne, mostrando la coexistencia de lo que llama "funciones manifiestas" y "funciones latentes".

Este enfoque tiene muy importantes aplicaciones al campo de la gestión empresarial y también de las relaciones laborales más allá de las empresas. Contribuye a fomentar estudios más integrales de las grandes organizaciones y de la problemática de la toma de decisión. Señalemos al respecto los estudios de Chester Barnard, Herbert Simon y James March, o Michel, Crozier.

La ciencia de los sistemas sociales abre el camino a las más actuales teorías y prácticas de la gestión, integrando aportes de la economía y de

los modelos matemáticos, así como la aplicación de los medios modernos de procesamiento de la información - calculadora electrónica y microprocesores - a los procesos de toma de decisión y a la regulación de las organizaciones. En esta línea, se desarrollaron la "investigación de operaciones" y los modelos de sistemas y regulación operativa: CPM (Critical Path Method), PERT (Programme Evaluation and Review Technique) y otros. Un prototipo de este enfoque es el de la Escuela llamada *Industrial Dynamics*, impulsada por J. Forrester en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Estos diversos aportes son recogidos en una concepción sintética y pragmática de la administración de la empresa de la que Peter Drucker es un destacado representante. Este define a la administración de la empresa como disciplina específica que, apoyándose en el análisis científico y el manejo de la información, es ante todo un "arte de dirigir".

El "manager", a diferencia del especialista, debe tener una visión global y asegurar, como un jefe de orquesta, la armonía del conjunto de una organización en función de los objetivos de la empresa y de los múltiples factores internos y externos que intervienen en la coyuntura. Su rol se ubica en el nivel de la toma de decisión, interrelacionando objetivos y organización.

Drucker revaloriza la teoría clásica taylorista - generalmente refuldada por los analistas por sus excesos de franqueza - pero, integrando los aportes de la teoría de las Relaciones Humanas y de los sistemas sociales, busca la manera de reunificar en la administración del trabajo, la planificación con la ejecución que Taylor separaba drásticamente. Este intento sin embargo choca con las tendencias reales de la división capitalista del trabajo, en su forma más avanzada. Al respecto, Drucker tiene finalmente una posición "realista" y pragmática.

Las expectativas de los que veían en el desarrollo de la automatización en las empresas modernas, la posibilidad de una recalificación del proletariado y su reintegración en el proceso de planificación y control del proceso productivo, quedan defraudadas. El gran mito de la "democracia industrial", que tiene su auge junto con la espectacular expansión del capitalismo, en especial norteamericano y alemán, desde la guerra fría hasta mediados de los años 60, queda hoy día relegado.

Refiriéndose a los efectos de la introducción de la informática en la organización empresarial, varios analistas muestran que dicha informática sintetiza los principios tayloristas de la administración del trabajo - al igual que el principio de Babbage - y ahonda aún más la separación entre planificación y ejecución del trabajo. Mientras que antes, los altos admi-

nistradores de una empresa requerían de amplios eslabones intermedios para reunir, procesar y transmitir las informaciones, ahora dichos administradores cuentan con medios informáticos mucho más concentrados que pueden utilizar para ejercer un control inclusive sobre los eslabones intermedios, aplicándoles los métodos tayloristas al igual que a los trabajadores de ejecución. De esta forma, el desarrollo de la automatización, especialmente a nivel de la informática, contribuye a aumentar la concentración del poder y la “proletarización” de numerosos técnicos, profesionales y especialistas.

A estas conclusiones llega también el notable estudio de Harry Braverman, *Trabajo y Capital Monopolista*, que muestra que la automatización implica nuevas formas de trabajo descalificado. Braverman analiza en particular la introducción de una división creciente entre la parte manual e intelectual del trabajo en las actividades no productivas, como el comercio y los servicios, lo cual significa un proceso de proletarización mayor de los empleados ocupados en estas actividades. Además, su análisis permite entender cómo las nuevas calificaciones técnicas y profesionales ligadas al desarrollo de la automación, además de desplazar a las calificaciones tradicionales, tienden a descomponer a medida que estén asumidas en el proceso de valoración del capital. Por ejemplo, mientras que en los años 40 y 50, las ocupaciones de procesamiento de datos tenían las características de un oficio y eran realizadas por trabajadores altamente calificados en pequeñas unidades de trabajo, en los años siguientes estas ocupaciones se van degradando con la introducción de una división detallada del trabajo, concentrando el control del procesamiento en un puñado de analistas y programadores y relegando el resto del trabajo a un proletariado semi-calificado (operadores, perforistas, etc.) .

Estas tendencias llevan a numerosos analistas a regresar a un enfoque crítico sobre la división social del trabajo y, desde esta perspectiva, analizar los procesos de calificación-descalificación de la fuerza de trabajo, la ubicación de los profesionales técnico-científicos, la evolución del sistema educativo y del desempleo, a partir de estos fenómenos.

Antes de tratar este enfoque crítico, es necesario completar la reseña que hemos hecho sobre la administración del trabajo con una referencia a la regulación del conflicto laboral.

6. LA REGULACION DEL CONFLICTO LABORAL

Paralelamente y como extensión de la administración del trabajo, se desarrolla lo que podemos llamar la ciencia de la regulación del conflicto.

Esta se enmarca en el contexto de una *intervención creciente del estado en la sociedad*.

Desde el punto de vista liberal clásico, las relaciones laborales se fundamentan en el *contrato de trabajo*, que se entiende como una relación formal entre iguales. Esta concepción tiene su base en la reducción del trabajador a un factor de producción que establece una relación de compra-venta en el mercado, lo cual disfraza la relación real de explotación. Sobre esta base, se desarrolla la política y la ideología burguesa, que traducen estas relaciones sociales en término de relaciones entre ciudadanos iguales y buscan asegurar la reproducción de las relaciones de desigualdad real. es decir. las condiciones de la acumulación del capital.

El problema de resolución de la contradicción entre la desigualdad real y la igualdad formal está a la raíz de la intervención del estado y de los que Gramsci llama los intelectuales orgánicos del bloque histórico en el poder: técnico-profesionales, políticos e ideólogos del sistema dominante. A través del estado y de estos intelectuales orgánicos, la clase dominante concentra los recursos para asegurar la *representación* de sus intereses como si fueran los de toda la sociedad, y para intervenir en la *mediación* de los conflictos de clases. De esta forma, busca asegurar su hegemonía, combinándola con su capacidad de coerción. La regulación del conflicto laboral se enmarca en esta perspectiva.

Las intervenciones mediatizadoras de la clase dominante en las relaciones laborales se desarrollan de múltiples maneras, no sólo al interior de las empresas sino en el conjunto de las relaciones sociales, y cobran una importancia creciente en los momentos de crisis y a medida que se va ampliando la gama de funciones del estado, no sólo en la regulación jurídica y política de la sociedad, sino en la regulación de los mercados de trabajo, bienes y capitales, y de la economía en general.

En primer lugar, el estado regula las relaciones de trabajo mediante la legislación y la jurisprudencia. Para el capital, esta regulación se fundamenta en el "contrato libre de trabajo", en el sentido ya señalado. Pero en la práctica, esta perspectiva liberal burguesa es cuestionada por los trabajadores que viven las relaciones reales de subordinación y explotación y luchan para conquistar *derechos reales*. Nace así el *derecho laboral*. Bajo la presión directa o indirecta del proletariado, el estado capitalista se ve obligado a reconocer parcialmente la desigualdad real en la relación entre trabajadores y capitalistas protegiendo algunos derechos reales de los primeros, lo que se ha denominado el carácter *tuitivo* del derecho laboral. Entre las conquistas legales de los trabajadores, señalamos el seguro de accidente, enfermedad, vejez e invalidez, la regulación del

trabajo infantil y femenino, la limitación de la jornada de trabajo, el salario mínimo, el reconocimiento de la asociación sindical, el derecho de huelga, las negociaciones y convenios colectivos, la intervención de delegados, comisiones y consejos obreros, etc.

La legislación laboral, está constantemente rebatida por los capitalistas que buscan minimizar su carácter tuitivo e imponer una lógica liberal y restrictiva, como se puede notar en la legislación del derecho de sindicalización y de huelga. Además, aún cuando esté la ley, queda pendiente su aplicación: el proceso judicial, con sus instancias de arbitraje y apelación da lugar a una jurisprudencia, que significa un terreno de confrontación de clases y de mediación, que se añade a la lucha por los derechos laborales.

Esta regulación legal de las relaciones laborales no puede funcionar sin que el estado cuente con una capacidad de coerción por un lado, y con una legitimidad por otro lado.

La *coerción* es una forma fundamental de mediación de las relaciones laborales. Aunque los estudios académicos obvian generalmente este aspecto, es indudable que la intervención de la fuerza policial y militar, y los métodos informativos y represivos, utilizados por las empresas y el estado, cumplen un papel decisivo en el tratamiento del conflicto laboral dentro y fuera de las empresas.

Junto a lo anterior están los *mecanismos de cooptación*, es decir, el logro de la adhesión de los trabajadores a objetivos y valores considerados comunes para el conjunto de la sociedad. A las formas tradicionales de cooptación, como la religión y el sentimiento patriótico, el capitalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial maneja una forma de cooptación que combina grandes objetivos societales: el *progreso* (entendido como creciente económico y desarrollo de la sociedad de consumo), la *democracia* (entendida como defensa de mundo libre frente al totalitarismo, identificando al bloque socialista y al comunismo), y el desarrollo nacional, en los países de capitalismo atrasado (el “desarrollismo” en América Latina). Estos objetivos, fundamentados en las circunstancias históricas, se traducen en valores que permiten la integración y el equilibrio de la estructura laboral y sirven de base a las teorías funcionalistas de las relaciones sociales, como la que encontramos en el libro de Kerr y otros, *El industrialismo y el hombre industrial*. En una perspectiva similar se ubican los trabajos de Reinhard Bendix, Seymour Lipset, Gino Germani, Ralf Dahrendorf, etc. que subrayan el proceso de *integración cívica* de los trabajadores en relación a los objetivos señalados y ligan este proceso a la institucionalización de los conflictos junto con la “racionalización” de las

relaciones sociales, en un sentido weberiano. De esta manera, estos autores explican la baja en el radicalismo de la clase obrera. La ideología del "sindicalismo libre y democrático" que los gobiernos capitalistas y las grandes corporaciones apoyan a partir de los años 50, se enmarca en esta perspectiva.

La cooptación viene acompañada de una serie de otras modalidades de mediación, que conforman lo que Wright Mills llama la "administración del descontento". El libro de Coser, *Las Funciones Sociales del Conflicto Social* representa un notable aporte en este sentido. Muestra como en determinadas condiciones, los conflictos, no sólo no amenazan el statu-quo, sino lo refuerzan. Se trata de aislarlos, desplazarlos y canalizarlos preventivamente.

Lo anterior sienta la base para lo que varios autores llaman la *institucionalización del conflicto*. Esta implica la organización estable y el reconocimiento legal de los grupos de intereses en pugna y en especial los sindicatos, el establecimiento de instancias de negociación (negociación colectiva y concertación social) y de arbitraje con reglas de juego previamente aceptadas capaces de llegar a un acuerdo; implica anexamente, la implementación de formas de representación de intereses laborales y de cogestión en las empresas.

Los diversos elementos de la institucionalización del conflicto son objeto de numerosos análisis sociológicos. Fox, Flauders y Dubin en particular enfocan el problema de la negociación colectiva. Richard Hyman, en su libro *Strikes* precisa las condiciones que hacen viable dicha institucionalización (en particular una línea moderada o conservadora de los dirigentes sindicales) y sus necesarias limitaciones. También, Hyman, subraya los límites de la "democracia industrial", mostrando como las modalidades de concertación social, participación y cogestión empresarial alteran muy poco las decisiones estatales y empresariales estratégicas, incidiendo sólo en aspectos laborales parciales: seguridad del empleo, condiciones de trabajo. En ello coincide Darhendorf que considera a las modalidades de representación de intereses laborales y cogestión como especie de oposición parlamentaria minoritaria en la estructura de decisión empresarial.

Sobre los resultados de la institucionalización del conflicto, las opiniones de los analistas son controvertidas. Ross y Hartman sostienen que hay una tendencia general a la disminución de las huelgas y de su duración, pero las conclusiones de Hyman y otros autores, basándose en series estadísticas más largas, niegan esta tendencia, y señalan además que la institucionalización implica el desarrollo de otro tipo de luchas sin-

dicales, tales como las huelgas intempestivas y otras acciones que realizan las bases a pesar o en contra de las dirigencias.

La mayoría de los autores muestran que la institucionalización del conflicto requiere de "logros" sindicales y que sólo puede consolidarse en países de expansión económica sostenida y donde se implementan políticas redistributivas sustanciales. Los países de capitalismo periféricos subdesarrollados, sometidos a constantes crisis, tienen en este sentido escasas condiciones para una institucionalización estable de los conflictos. En este contexto, sólo es viable una institucionalización muy sectorial y parcial, basada en políticas discriminatorias de represión y concesiones relativas que instrumentalizan las divisiones estructurales del proletariado y tratan de asegurar su dispersión y apatía política.

La misma estabilidad de la institucionalización de los conflictos en los países capitalistas avanzados, conquistada en los años de crecimiento sostenido posterior a la Segunda Guerra Mundial se ve resquebrajada a fines de los años 60 a raíz de los fuertes desajustes que sufre la economía a nivel mundial, los procesos inflacionarios, el aumento del desempleo y la agudización de la competencia entre los grandes bloques de capitalismo monopólico de Estado. Las oleadas de protesta en 1968-69, la reactivación de las luchas obreras en las empresas y el desarrollo de nuevos movimientos sociales anti-tecnocráticos en los años 70, redefinen el contenido de la institucionalización de los conflictos y erosionan los grandes valores que sostenían la cooptación de los trabajadores en torno a la democracia industrial.

A nivel internacional, la agresiva reacción de la burguesía norteamericana frente a su relativa pérdida del liderazgo mundial agudiza la crisis de legitimidad de los procesos de institucionalización de los conflictos en los países periféricos, donde predominen regímenes dictatoriales abiertos. La regulación del conflicto en estos regímenes impone una represión sistemática ligada a una política de neutralización de clase obrera mediante la atomización del proletariado, su parcial destrucción y el aislamiento de sus sectores productivos. Dicha política está sustentada en un modelo económico neo-liberal, como el de Milton Friedman, que tiende a suprimir las protecciones existentes en el mercado de trabajo y hacen prevalecer plenamente la competencia entre trabajadores.

7.- ANALISIS DE LA DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO

El enfoque crítico a los análisis funcionalistas de la administración del trabajo y de la regulación del conflicto tiene sus antecedentes en los

estudios de Georges Friedmann, Pierre Naville y Alain Touraine en Francia, quienes impulsaron el Laboratoire de Sociologie du Travail (hoy Centre d'Etude des Mouvements Social) y la Revista *Sociologie du Travail*, contribuyendo a reinterpretar la evolución socio-profesional y las relaciones de trabajo, re-introduciendo la problemática de la conciencia y acción obrera.

En esta perspectiva, los investigadores se interesan en particular al estudio de los trabajadores de las industrias de punta, los empleos del terciario, los técnicos, etc. Los trabajos de Lookwood en Inglaterra y George Mallet en Francia reflejan este interés.

Serge Mallet dió el nombre de "nueva clase obrera" a los que trabajan en las industrias de punta: por un lado los operadores y controladores directos de los procesos de producción automatizada; y por otro lado los técnicos (programadores, encargados del estudio de mercado y otros) ubicados antes y después de estos procesos. Mallet considera que esta nueva clase obrera adquiere una importancia decisiva como vanguardia del movimiento obrero, asumiendo nuevas *reivindicaciones cualitativas* que apuntan a modificar fundamentalmente las relaciones existentes.

El análisis de Mallet llama la atención sobre las potencialidades de sectores claves del proletariado moderno actual y en especial en la reactivación del sindicalismo de empresa. Sin embargo, su oposición entre "nueva" y "vieja" clase obrera no resulta pertinente. Las distinciones socio-profesionales en el seno del proletariado no permiten separar lógicas de clases distintas. Además, estas distinciones se redefinen constantemente, a medida que la formación post-secundaria y técnica de los trabajadores se generaliza y que la "administración científica" se va extendiendo hacia el trabajo calificado.

El problema de la división social del trabajo es objeto de creciente interés por parte del análisis marxista, tanto en los países capitalistas (grupo El Manifiesto y autores como Raniero Panzieri y Antonio Negri en Italia, André Gorz y Michel Freyssenet en Francia, Herbert Marcuse y Harry Braverman en Estados Unidos) como en los países socialistas (Charles Bettelheim, Rudolf Bahro, etc.).

Varios de estos autores se interesan en el papel de los técnicos, llamando la atención sobre las contradicciones entre su formación y expectativas profesionales, su papel de intermediario en la división jerárquica de trabajo y la descalificación que sufren con la "racionalización" capitalista de su trabajo.

El análisis de Freyssenet sobre la evolución de la división social del trabajo tiene el interés de superar los enfoques estáticos y reducidos al

marco empresarial con los cuales se trata generalmente el problema. Dicho autor estudia los procesos sociales que implica el pase de una fase a otra de la división social del trabajo en función de los ciclos del capital y la dinámica de las luchas sociales. Cuando una base técnica de producción se generaliza, la composición del proletariado, sus modalidades de contratación, su calificación, etc. se estabilizan, lo cual es favorable al desarrollo de las organizaciones obreras y su capacidad de negociación. En cambio, la “modernización”, es decir la introducción o generalización de una nueva base técnica de producción altera la composición del proletariado y sus características anteriores. Un contingente de trabajadores es afectado por descalificación u obsolescencia profesional, pérdida de derechos adquiridos, jubilación anticipada, desempleo, etc., mientras que el capital recurre a un nuevo tipo de mano de obra, con nuevas características de calificación, que desplaza al contingente anterior. Estos cambios afectan la organización sindical y sus conquistas anteriores.

El pase de una fase a otra de la división del trabajo es una operación que golpea a los trabajadores y también a otras fracciones de clases sociales (fracciones del capital que se desvalorizan, sectores medios desestabilizados u obsoletos, etc.). Agudiza las luchas entre capital-trabajo, así como entre sectores capitalistas. Por lo tanto es una operación difícil que tiene un alto costo político para las clases dominantes. Por ello, antes de avanzar hacia una fase superior de división del trabajo, el capital utiliza *paliativos* para contrarrestar durante un tiempo la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia sin modificaciones en el proceso de producción: endurecimiento de la política salarial, intensificación del trabajo, ahorro sobre las condiciones de trabajo, disminución del valor de la fuerza del trabajo mediante políticas redistributivas del Estado, además de otras medidas proteccionistas fiscales y arancelarias para rebajar materias primas e insumos, etc.

Un paliativo cada vez más importante para el capital consiste en recurrir a la sobre-población proletarizada de las regiones y países más deprimidos y usar la competencia internacional entre trabajadores para obtener mano de obra más barata y obligada a aceptar malas condiciones de trabajo. Este fenómeno se concreta por un lado mediante el uso de trabajadores que emigran de los países del tercer mundo hacia los países capitalistas avanzados y conforman un llamado “proletariado étnico” (africanos, orientales, etc. en Europa, chicanos, portorriqueños, etc. en Estados Unidos); por otro lado, mediante la exportación de las fábricas hacia los países del tercer mundo, sobre todo los que además se materia prima y buena infraestructura, disponen de una población altamente pau-

perizada y proletarizada, con un régimen político autoritario que prohíbe ó controla el movimiento sindical y asegura los más bajos niveles de salarios; por ejemplo, el ensamblaje de los aparatos eléctricos, electrónicos y fotográficos se realiza en “zonas francas” tales como Singapur, Hong Kong o Corea del Sur. Otros países como Egipto, Senegal, Africa del Sur, Brasil, etc. rivalizan para atraer inversiones extranjeras de este tipo. Opera allí un mecanismo análogo al uso del trabajo de las mujeres y de los niños por el capital en el siglo pasado, o el uso de las divisiones étnicas del proletariado en especial el proletariado negro en los Estados Unidos.

Mientras que el análisis dinámico y concreto de la división social del Trabajo que ofrece Freyssenet nos lleva a precisar los continuos desajustes y reajustes en la composición del proletariado y su diferenciación internacional, otros autores abordan las actuales tendencias de la división social del trabajo desde una perspectiva más genérica, concluyendo en la disolución del proletariado como clase y sujeto histórico. Tal es el enfoque del libro de André Gorz, *Adieux au Proletariat* (Adiós al Proletariado), que en varios puntos coincide con *La Alternativa* de Rudolf Bahro.

Gorz afirma que el desarrollo de las fuerzas productivas no genera las bases materiales del socialismo. Genera más bien una organización del trabajo funcional a la lógica y necesidades del capital, haciendo cada vez más imposible que el proletariado sea capaz de apropiarse colectivamente y administrar la totalidad de las fuerzas productivas. En efecto, con el avance de la automatización, el trabajo individual es sustituido por el trabajo general abstracto y se reifica, llegando a ser un proceso inorgánico, frente al cual el trabajador es cada vez más pasivo. El trabajo llega a ser una actividad pre-programada, totalmente subordinada al funcionamiento de un sistema gigante. El interés del trabajador se vuelca fuera de la producción y se dirige al consumo. El proletariado se transforma en masa atomizada consumista; en lugar del trabajador colectivo productivo, surge una “no clase” de “no-trabajadores” que Gorz llama a veces “neo-proletarios”, que sólo trabajan provisionalmente, en tareas indiferentes. Esta “no clase” incluye a los expulsados de la producción, los subempleados en su capacidad intelectual por la automación e informatización del proceso productivo, los desocupados y semi desocupados.

Este “no-proletariado post-industrial”, generalmente sobre-calificado, ya no se define por su trabajo ni su posición en el seno del proceso social de producción, no se siente pertenecer a una “clase obrera”, ni encuentra en el trabajo social la fuente de su poder posible. No le interesa reapropiarse del control del proceso productivo ni del “sistema”

socio-económico regulado por el Estado, sino conquistar, al margen de ello y sobre ello-, *espacios crecientes de autonomía* sustrayéndose a la lógica de la sociedad y buscando explayar su existencia individual. Por lo tanto, concluye Gorz, la superación del capitalismo, o sea lo que llama el "socialismo post-industrial" (o comunismo), no puede provenir de la clase obrera, sino de las capas que prefiguran la disolución de todas las clases, incluyendo la misma clase obrera. Gorz concibe al socialismo post-industrial en base a una sociedad dual que combina la esfera de la libertad con la esfera de la necesidad. La primera es el campo de la soberanía individual y de la autonomía. La segunda es el campo del trabajo social heterogéneo, subordinado a los grandes aparatos y sistemas funcionales. La segunda debe estar al servicio de la primera, reduciendo el tiempo de trabajo socialmente necesario para aumentar el tiempo libre dedicado a la realización autónoma de cada individuo. El ritmo de la vida social estaría así marcado por el paso de una esfera a otra, enriqueciéndose mutuamente.

El análisis de Gorz tiene el interés de subrayar la profundidad de la alienación del proletariado subordinado a la división del trabajo en el capitalismo avanzado y la necesidad de una ruptura radical con la lógica de esta división del trabajo para liberar la capacidad creativa de los individuos en la sociedad. Sin embargo, las conclusiones de Gorz sobre el proletariado son contradictorias. Por un lado habla de su transformación en "no-trabajador" y "no-clase" y de su disolución, pero por otro lado, habla de "neo-proletariado post-industrial". En realidad, podría decirse que este neo-proletario es más proletario aún que en los inicios de la revolución industrial, en la medida que está más radicalmente separado de la concepción y control del trabajo social. Falta en el análisis de Gorz, precisar las condiciones concretas de la no-transformación de este neo-proletario en clase. Gorz, al igual que Bon y Burnier, centra su explicación en el avance de la división capitalista del trabajo, pero sin precisar los procesos de desarrollo de la conciencia y organización. La ausencia de un análisis concreto de los movimientos sociales que se articulan con la acción política de este neo-proletario, responde a una concepción utópica -de tradición anarquista y existencialista- de la reapropiación colectiva.

Los aportes de Bahro parten de un diagnóstico análogo al de Gorz en el contexto del socialismo realmente existente. La división social, la organización jerárquica del trabajo, reproducida a escala de toda la sociedad, conlleva una impotencia de los productores directos, a los cuales ya no se les puede aplicar el concepto de clase obrera. Además, a diferencia de las sociedades capitalistas, esta división del trabajo está

subordinada al control centralizado del Estado y cada vez más separado del control de las masas. Esta situación hace que la sociedad se divida entre una masa subalterna y una "intelligentsia" que concentra todo el saber reconocido oficialmente y todo el poder de decisión.

Para Bahro, el concepto de clase obrera e incluso de proletariado no tiene sentido para definir esta masa subalterna. Prefiere hablar de un "productor colectivo" diversificado en estructuras jerárquicas. Sin embargo, considera que existe en esta masa una "conciencia excedentaria", o sea un potencial de conocimientos y de creación humana que no puede ser absorbido enteramente por el sistema. Esta masa creciente de conciencia libre, que no está ligada al trabajo necesario y al saber jerárquico, puede dirigirse hacia "intereses compensatorios" (consumo de objetos, distracciones pasivas, arribismo individual), pero también constituye la base de "intereses emancipadores", es decir de las *fuerzas para una revolución cultural*. A diferencia de Gorz, Bahro precisa que estas fuerzas requieren de una organización política para desarrollarse.

El enfoque de Bahro, que en parte reanuda con la prolemática de la revolución cultural planteada en China en los años 60, tiene el mérito de desenmascarar la instrumentalización ideológica del concepto de clase obrera en los países socialistas, de profundizar el análisis del fenómeno burocrático en estos países y de enfatizar la verdadera perspectiva comunista del marxismo. Sin embargo, al desechar el concepto de proletario y clase obrera, le hace difícil concretar la manera como la conciencia excedentaria y las fuerzas para la revolución cultural puedan articularse. No se trata de regresar a una concepción anacrónica de la clase obrera del industrialismo del siglo pasado. El proletariado moderno es ciertamente mucho más diversificado y complejo, y su articulación en un "movimiento obrero" homogéneo y centralizado ya no es pensable en los términos tradicionales del Manifiesto Comunista de 1848, menos aún en sociedades burocratizadas y complejamente jerarquizadas. Pero dicho proletariado existe, no como cosa estática, sino realidad humana y social en continuo movimiento, combinando el trabajo simple del obrero tradicional con el trabajo complejo del experto subordinado a la división social del trabajo, así como el no-trabajo de los relegados del sistema productivo.

Este proletariado diversificado, pero realmente existente, encuentra múltiples trabas para su constitución como clase, y los movimientos sociales que protagoniza quedan generalmente atomizados. Estos movimientos pueden expresar directamente las luchas del proletariado en el proceso de producción, pero también pueden expresar, en forma más indirecta, pero no menos real, sus luchas en el conjunto del proceso de reproducción de

la sociedad. La convergencia de los movimientos llamados anti-tecnocráticos con los movimientos propiamente obreros, tanto en los países capitalistas como los socialistas, demuestran que tienden a responder a una misma lógica de clase.

Autores como Herbert Marcuse insisten en la castración de la conciencia de clase del proletariado mediante la internalización de su propia subordinación y cosificación. Otros, como Touraine subrayan la institucionalización del movimiento obrero, y el desplazamiento de la lucha de clases en torno a otros movimientos sociales relacionados a diversas categorías sociales (estudiantes, técnico-científico, mujeres, etc.), y a diversos terrenos de conflicto (luchas urbanas, anti-nucleares, ecológicas, regionalistas, etc.). Dichos análisis, a nuestro entender, lejos de alejarnos de la realidad del proletariado, nos permiten trazar las perspectivas de su desarrollo social y político, no como una clase cosificada, sino como un potencial de lucha de clases mucho más diversificado y generalizado, que se irradia en todos los poros de la sociedad y que se enfrenta a un sistema de dominación altamente sofisticado pero también vulnerable. Las luchas obreras, como lo demuestra la historia reciente de Europa occidental, de Polonia o de Brasil, siguen desempeñando un papel central, pero el proletariado moderno no se podrá constituir como alternativa (o conciencia) y superar su propia condición de proletariado, si no asume todos los movimientos sociales que de una manera u otra luchan contra la división capitalista del trabajo y su reproducción en toda la sociedad.

EL PROLETARIADO EN LOS PAISES PERIFERICOS. EL CASO LATINOAMERICANO

La expansión mundial del capitalismo y en especial la exportación de capitales en los países coloniales, semicoloniales o dependientes a partir de la segunda mitad del siglo pasado hace surgir los primeros núcleos obreros en estos países. En algunos casos la nueva presencia de un proletariado se limita a enclaves capitalistas alrededor de actividades extractivo-exportadores (mineras, agro-industriales, etc.) y de servicios; en otros, se extiende a una industria de bienes de consumo para un limitado mercado interno. La disponibilidad de mano de obra para los actividades capitalistas es cubierta por la ruina del artesano urbano y sobre todo la alteración de las formas tradicionales de subsistencia en el campo como resultado de la extensión del latifundismo, la penetración de las relaciones mercantiles desiguales y otras formas de pauperización de las masas campesinas.

El campesinado resiste generalmente a su proletarización, combinando las relaciones de producción en el centro capitalista y en su tierra de origen. Esta combinación permite al capitalista sobre-explotar a los trabajadores que emplea, al no cubrir íntegramente el costo de subsistencia de estos trabajadores aún relacionados con los medios de vida proporcionados por medios de producción pre-capitalista en el campo.

El surgimiento del proletariado y de las primeras luchas obreras en los países periféricos coinciden generalmente con una nueva movilización de masas campesinas por un lado, y de sectores medios urbanos por otro lado. Esta coincidencia tiene que ver con los efectos de la expansión capitalista y subordinación imperialista, que se traducen en la emergencia del *problema nacional*

Si bien las luchas proletarias en los países periféricos se inician con marcadas características obreristas influenciadas por el anarco-sindicalismo y el socialismo europeo, no tardan en articularse con los demás movimientos nacional-populares. La forma como se realiza la articulación entre proletariado y otras clases sociales en torno al problema nacional constituye una cuestión central en los análisis sociales y debates políticos en esos países.

La polémica entre Haya de la Torre y Mariátegui en el Perú -coincidente con muchas otras, como la de Kuo-Min-Tang y el Partido Comunista en China es muy significativa respecto al problema señalado. Para Haya de la Torre, el proletariado, demasiado joven y débil, no es capaz de constituirse en clase dirigente de los movimientos nacionales. Sólo puede integrar una alianza popular cuya dirección recae en los *sectores medios*, apuntando a un capitalismo nacional. Para Mariátegui, en cambio el proletariado constituye el elemento clasista decisivo para entroncar las fuerzas populares nacionales a una perspectiva socialista, única capaz de enfrentar consecuentemente al imperialismo. Además, dichas fuerzas populares se basan fundamentalmente en *la alianza entre proletariado y masas campesinas*. Este énfasis en el papel del campesinado no fue compartido por los dirigentes de la Tercera Internacional Comunista.

Con múltiples matices, los términos del debate señalado se repiten en los diversos países que luchan por su liberación nacional, después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Soviética.

Dicho debate adquiere una nueva dimensión en América Latina a raíz de la profunda crisis de 1929-33, la cual altera profundamente la división internacional del trabajo y crean las condiciones para un relativo proceso de industrialización sustitutiva de importaciones en varios países del continente. La perspectiva de un capitalismo nacional relativamente

autónomo orienta la conformación de alianzas entre los sectores industrializantes de la burguesía nacional y los sectores medios y populares urbanos. Esta perspectiva nacional-reformista logra ganar el concurso de importantes capas del proletariado urbano mediante una política de redistribución del ingreso, expansión del empleo y crecimiento de las funciones económicas y sociales del Estado.

Numerosos autores han sistematizado las características peculiares del movimiento obrero en el contexto del nacional-populismo latinoamericano. Los trabajos del sociólogo argentino Gino Germani tratan esta problemática desde el enfoque de la integración cívica de los trabajadores en una sociedad en proceso de modernización que pasa de una fase de exclusión y autoritarismo de la clase obrera a una fase de participación democrática. Los norteamericanos John Johnson y Robert Alexander resaltan en este proceso la importancia de la acción del estado en la orientación política del movimiento obrero y el control del sindicalismo.

Alain Touraine, Francisco Weffort, Elizabeth Jelin, y otros autores subrayan por un lado la heterogeneidad en la composición social del proletariado, y en especial la incidencia del origen rural de los nuevos contingentes urbanos; y por otro lado la discordancia entre el proceso acelerado de urbanización y los límites de la industrialización. Asimismo, estudios como el de James Payne sobre el caso peruano, o de Juan Carlos Torre sobre los países del cono sur muestran como la acción sindical es muy vulnerable en el marco estricto de las empresas y tiende a dirigirse hacia la escena política y el estado, dando lugar a un "sindicalismo político". En este sentido, el proletariado se constituye no tanto como "movimiento obrero" o "clase obrera", sino como *movimiento popular*. Dicho movimiento se forja más en las plazas públicas y en las movilizaciones callejeras, que en las fábricas.

Lo anterior está relacionado al problema de la *subordinación* de las masas proletarias urbanas o la dirección política de caudillos y fracciones de clases dominantes. En algunos casos se trata de una participación dependiente en alianzas industrializantes anti-oligárquicas y anti-imperialistas; en otros, se trata de una instrumentalización política por fracciones dominantes en pugna; generalmente, dicho fenómeno está ligado a un problema de crisis de hegemonía en el Estado, y a la emergencia de líderes carismáticos.

La subordinación política del proletariado en el contexto de movilización populista no puede explicarse sólo por la heterogeneidad de su composición social. Tiene que ver con la discontinuidad de sus expresiones políticas más autónomas, y en particular la efectividad de la represión de

los movimientos clasistas al calor de la crisis de los años 30. Tiene que ver asimismo con la viabilidad de las políticas redistributivas y de la expansión del mercado interno que acompañan el proceso de industrialización sustitutiva de exportación en determinadas coyunturas.

En relación a esto último, es importante recalcar que las políticas redistributivas y la expansión del mercado interno - que permiten una temporal alianza entre proletariado y burguesía industrial nacional - se centran básicamente en las ciudades. No abarca a las masas rurales. En este sentido, la integración populista es un fenómeno que involucra esencialmente al proletariado urbano y presupone *la marginación política del campesinado y de los sectores no urbanos del proletariado.*

La subordinación política del proletariado en los movimientos populistas no quiere decir que este constituya una simple masa de maniobra para una manipulación desde arriba. Existe más bien en los procesos populistas una constante contradicción entre las presiones obreras y populares, dirigidas principalmente hasta el estado, por un lado, y los intentos de control y corporativización de los movimientos sociales por parte de las clases dominantes y de este estado por otro lado. Hemos visto que la integración del sindicalismo al aparato estatal, como parte de políticas corporativas, conlleva reacciones de desborde y ruptura de las bases obreras frente a los dirigentes.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la nueva internacionalización del capital lleva a una profunda crisis las políticas de desarrollo capitalistas nacional en los países periféricos y el populismo latinoamericano.

Las actividades capitalistas se expanden y diversifican, pero lo hacen en relación más directa a las inversiones extranjeras. Esta expansión y diversificación capitalista extrovertida genera profundos desequilibrios internos y externos: acentúa la pauperización y destrucción de modos de producción pre-capitalista en el campo, acelerando el proceso de migración hacia las ciudades. El proceso de industrialización dependiente refuerza la subordinación hacia afuera (importaciones, disponibilidad de divisas, financiamiento externo) generando una dinámica de crecimiento marcado por profundas crisis y una creciente subordinación al capital financiero internacional y a las empresas multinacionales.

La expansión y diversificación del proletariado empleado por el capital hace surgir nuevas exigencias de calificación y racionalización empresarial y explica la creciente intervención de la ciencia de la administración del trabajo y de la regulación del conflicto aplicado al contexto de los países "en vía de desarrollo". Las obras de Wilbert Moore, de Clark Kerr, Frederick Harbison, John Dunlop y Charles Myers, de William

Foote Whyte y otros contribuirán a sustentar esta línea de racionalización empresarial.

Junto con el proletariado empleado en las nuevas actividades urbano-industriales en expansión, se impone una masa creciente de sectores populares que invaden las ciudades, desarrollando las llamadas *barriadas*, *favelas*, etc. Esta masa popular urbana, cuyos niveles de vida contrastan escandalosamente con los sectores "desarrollados", preocupa vivamente a los analistas y políticos, cuestionando los pronósticos optimistas del enfoque de la modernización y del desarrollismo.

Se cuestiona en particular la teoría clásica de W.A. Lewis según la cual la acumulación capitalista, contando con una oferta ilimitada de fuerza de trabajo, puede absorber una proporción creciente de esta fuerza de trabajo e integrarlo al sector capitalista. Diversos analistas, basándose en los diagnósticos realizados por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) realizados a fines de los años 50 y principios de los 60, subrayan las características de la industrialización - en particular el alto coeficiente de capital requerido por puesto de trabajo, la sub-utilización de la capacidad instalada y la poca reinversión interna que explican la reducida expansión del empleo en el sector fabril. En cambio, esos analistas señalan la inflación del empleo en actividades terciarias y poco productivas.

Lo anterior da lugar a las teorías sobre la "marginalidad social". R. Vekemans en Santiago de Chile enfoca la situación de las masas populares urbanas como un problema de no-integración socio-económica y cultural de estas masas. Este enfoque, basado en una conceptualización dualista de la sociedad, es objeto de varias críticas posteriores. Aníbal Quijano contribuye a relacionar el concepto de marginalidad a los efectos de la dependencia externa y a un análisis de la articulación de los diferentes modos de explotación del capital, combinando el modo oligopólico y competitivo y el "polo marginal de la economía". José Nun, a su vez trata de definir a la masa marginal como la parte no-funcional para el capital monopolístico de la sobre-población relativa, es decir de la fuerza de trabajo liberada por los diferentes modos de producción. Nun resalta en particular la segmentación de los mercados de trabajo, que aleja de las industrias de punta a crecientes contingentes de sobre-población relativa.

Fernando Henrique Cardoso y Paul Singer critican la interpretación de Nun y de los que parten del supuesto que hay un estancamiento crónico de la economía latinoamericana, generando un desempleo y sub-empleo creciente. Dichos autores cuestionan este supuesto, mostrando como la expansión del capital en los países latinoamericanos se refleja en

la multiplicación de actividades comerciales y de servicio que absorben también empleo, el cual no puede considerarse marginal ni extraño a las necesidades de esa expansión. Consideran que el problema no reside en la pretendida incapacidad del capital para emplear una mayor parte de la fuerza de trabajo - aún cuando esta incapacidad se manifiesta cíclicamente y particularmente en algunos países - sino en la *baja remuneración de esta fuerza de trabajo*. La tasa de "desempleo abierto" en América Latina no es significativamente mayor que en los países centrales, y lo que se llama el sub-empleo es en realidad una *sub-remuneración*, que exige a los trabajadores un tiempo de trabajo mayor para cubrir sus bienes de subsistencia y obliga la entrada al trabajo de los niños y mujeres.

Para Singer, la confusión entre sub-empleo y pobreza lleva a plantear políticas erróneas para solucionar el llamado sub-desarrollo: política de reducción de la población mediante el control de la natalidad; o políticas de aumento del empleo mediante la contención de salarios, como la adoptada en Brasil a partir de 1965.

A inicios de los años 70, la Oficina Internacional de Trabajo impulsa un Programa Mundial del Empleo, y en particular un Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe (PREALC), que realiza investigaciones y trata de diseñar políticas alternativas a las señaladas. En este contexto, se desarrolla una línea de análisis, basada en la diferenciación entre el *empleo formal e informal*. El primero se refiere a los puestos de trabajo en empresas organizadas y servicios requeridos por los estratos de mayores ingresos, e involucra a los trabajadores más calificados. El segundo se refiere a los trabajadores por cuenta propia en empresas pequeñas y a los que prestan servicios de baja productividad. Paulo Renato Souza y Víctor Tokman sistematizan este enfoque en América Latina, a partir de una revisión crítica de las teorías de la marginalidad y mostrando que el sector informal absorbe un 50 % de la mano de obra urbana, tiene un notable dinamismo y que se expande combinadamente al crecimiento del sector formal. Dichos autores tratan de precisar las características del desarrollo del empleo informal, relacionándolos a la dinámica de los mercados de trabajo, de bienes y de capital. Este tipo de análisis apunta a sustentar políticas de organización de este sector y su apoyo crediticio, comercial y tecnológico.

El análisis de Paul Singer parte de los movimientos de la fuerza de trabajo entre diferentes modos de producción: en particular el *modo capitalista (o sector de mercado)* compuesto por las empresas capitalistas, que emplean trabajadores asalariados; y el *modo de producción simple* (o sector autónomo), compuesto por iniciativas individuales y cuyo producto

se destina al mercado; además menciona el *sector de subsistencia*, cuyo producto se destina predominantemente al consumo de los productores, y las *actividades gubernamentales* que prestan recursos no remunerados.

El análisis del modo de producción simple o sector autónomo que propone Singer tiene alguna analogía con la conceptualización del sector informal que propone Tokman. Incluye al minifundismo, las unidades de comercio al menudeo y prestaciones de servicios individuales, artesanos e industrias domésticas. Debido a su precario nivel de productividad, estas actividades podrían ser sustituidas con ventaja por la empresa capitalista. Su supervivencia se debe a que los que trabajan en ellas *subremuneran* su trabajo, utilizando familiares no remunerados y otras modalidades de ahorro y auto-explotación. Esta sub-remuneración se da cuando no existen usos alternativos de la fuerza de trabajo. El modo de producción simple constituye así un depósito de fuerza de trabajo excedente de los demás modos de producción. Presionado por la competencia de las empresas capitalistas en períodos de expansión, es alimentado por la mano de obra repelida por estas empresas en períodos de contracción. En este último caso, las empresas tienen ventajas en establecer vínculos con la mano de obra autónoma, a través del trabajo por encargo a domicilio, los contratos, el uso de eventuales, etc.) ahorrando así costos sociales y evitando la organización sindical del proletariado.

Singer concluye que la tendencia es que el modo capitalista crezca en detrimento del modo de producción simple en términos relativos, sin que este se reduzca en términos absolutos.

El análisis anterior está relacionado a las diferentes formas que va adquiriendo el ejército industrial de reserva, alimentado por la sobrepoblación liberada de los modos de producción no capitalista y generada por el propio modo de producción capitalista con la constante sustitución del hombre por la máquina. Singer retoma las categorías clásicas del ejército de reserva: su forma "flotante" (desempleados manifiestos), "latente" (desempleados disfrazados en el campo) y "estancado" (desempleados disfrazados de sub-empleados urbanos). Estas son formas de subsistencia del proletariado puesto a disposición del capital.

Nos parece que el aporte más importante de Singer es de analizar la evolución de la fuerza de trabajo relacionándola no sólo con el proceso de producción, sino el de *su reproducción* y de enmarcar ambos procesos en la *dinámica de acumulación de capital en su conjunto*. En este sentido, un aspecto clave es como las empresas capitalistas de los países no desarrollados introducen nuevos procesos de producción y nuevos productos y como ello incide o no en el aumento de la productividad que

permita abaratar los bienes consumidos por la fuerza de trabajo y aumentar así la plusvalía relativa. Al respecto, Singer critica la tesis de Mauro Marini, quien sustenta que en los países capitalistas dependientes, la clase obrera no está integrada en el mercado interno, y que los bienes producidos por la industria capitalista dependiente entran muy escasamente en la composición del consumo popular y casi no inciden sobre la determinación del salario. La subsistencia del obrero estaría asegurada por los modos de producción no capitalistas, lo cual permitiría al capitalista pagar la fuerza de trabajo menos que su valor, es decir *sobre-explotarlo*. Suponiendo, señala Singer, que el obrero satisfaga sus necesidades de consumo mediante las unidades de producción simple de mercancías, éstas unidades tienen que comprar productos (por ejemplo herramientas y materia prima para el artesano) que son producidos y vendidos por los capitalistas. No puede hablarse por lo tanto de una exclusión del consumo popular del mercado capitalista. La exclusión se refiere ante todo a los *nuevos productos* que, a diferencia de los países capitalistas avanzados, se difunden en el consumo popular de manera más lenta o “perversa”. En efecto, debido a la baja capacidad adquisitiva de los trabajadores, estos tienen que desplazar el consumo de bienes fundamentales de subsistencia para adquirir nuevos productos impuestos por la propaganda (refrigeradora vacía, o televisor a costa de la desescolarización de los hijos). Estos nuevos productos tienden a la larga a redefinir las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

Para Singer, la explicación de la situación sub-remunerada del proletariado de los países no desarrollados tiene que ver con *la lentitud de la acumulación del capital* en estos países. Ello se debe a que, al no contar con una capacidad propia de innovación tecnológica ni con un desarrollo sustantivo de industria de bienes de producción, la burguesía no desarrollada tiene que importar los nuevos productos de consumo, así como los insumos y la maquinaria a precios muy altos, lo cual hace más difícil que pueda introducir cambios de proceso que incida en el aumento de productividad del trabajo.

La misma situación de dependencia respecto a la tecnología y bienes de capital hace que dicha burguesía tenga que recurrir al capital extranjero, es decir, al gran capital monopolista internacional, el cual impone condiciones para compensar los “riesgos” de su traslado, condiciones, que inciden sobre un mayor costo social para el país receptor.

De esta forma, el capital en los países no desarrollados tiene una capacidad más limitada y lenta para incrementar la productividad global del trabajo y producir plus-valor relativo. La acumulación dependiente

resulta por lo tanto *incompatible con salarios reales en expansión*. Para que dicho capital obtenga una tasa de ganancia pareja con el promedio internacional, la reproducción de la fuerza de trabajo que emplea debe estar a un nivel muy inferior a la de los países desarrollados (Según la OIT, el salario promedio anual en dolares en 1971 era de 7,547 para los Estados Unidos y de 652 para el Perú).

Para llegar a esta rebaja del nivel de vida de los trabajadores - la pobreza - el capital en los países dependientes debe anular los derechos político sindicales de la clase obrera, utilizando las diferentes formas de regulación del conflicto, y en especial la represión, avalada por regímenes autoritarios.

Lo anterior explica la crisis del sindicalismo político de masas y su articulación con el estado. Obliga al estado a *restringir drásticamente los derechos sindicales vigentes*, mediante la aplicación más autoritaria de la institucionalización corporativa heredada del populismo como lo remarca Weffort en Brasil, o mediante la creación de un nuevo régimen de trabajo, como en el caso chileno analizado por Manuel Barrera.

La crisis del sindicalismo político de masas tiene como contrapartida una nueva *autonomización* de las luchas obreras frente a la burguesía y el estado. Esta autonomización se extiende al conjunto de las *luchas populares* urbanas que, además del proletariado propiamente dicho, involucran a los trabajadores del modo de producción simple y los sectores medios pauperizados. Dicha luchas se desenvuelven tanto a nivel de las relaciones sociales de producción (en particular la lucha sindical) como los que tienen que ver con la reproducción de la fuerza de trabajo) por ejemplo, las luchas de pobladores) y del proceso global económico, ideológico y político. Se relacionan con las reivindicaciones regionales, los movimientos de identificación cultural, etc.

Varios autores como José Alvaro Moisés han subrayado la emergencia de un *nuevo sindicalismo de empresa*, especialmente en las industrias de punta. Pero al mismo tiempo, los análisis siguen planteando la vulnerabilidad de la acción obrera en el marco de la empresa, la poca efectividad de la negociación colectiva y de las cauces legales institucionalizados, y la necesidad para los trabajadores de utilizar formas de presión política y acciones demostrativas que impacten la opinión pública (marchas, huelgas de hambre, etc.). Weffort, analizando las huelgas de Contagen y Ozosco en Brasil en 1968, destaca las formas inusualmente agresivas que asume la protesta obrera, como la ocupación de fábricas y la toma de rehenes, y muestra como estas huelgas buscan quebrar el marco institucional establecido, cuestionando el sindicalismo oficialista y la

fijación estatal de los salarios. Se trata de una importante *ruptura* con el estilo tradicional de lucha obrera que implica una *reorientación* del conjunto del movimiento obrero y la adopción de una línea de clase y de independencia ante el Estado y la burguesía.

Junto a lo anterior, se observa como la movilización obrera tiende a extenderse a otros sectores sociales, incluyendo las capas medias, los estudiantes y pobladores. La reivindicación obrera deja de ser puramente sindical y abarca problemas que tiene que ver con el contexto socio-económico y político urbano-regional, afectado por la expansión capitalista y sus crisis. El estudio de Francisco Delich sobre el "Cordobazo" de 1969 en Argentina representa un importante aporte en torno a este problema.

Es significativo el creciente interés que suscita el análisis de los llamados "movimientos populares urbanos". En esta línea de investigación, destacan los trabajos de Manuel Castells. Es necesario distinguir los "movimientos urbanos" en general y los "movimientos de pobladores" en particular. Los primeros se refieren a la ciudad como concentración de los principales elementos de producción y reproducción del capital y de reproducción global del régimen social capitalista. La ciudad es por lo tanto el escenario de múltiples luchas económicas ideológicas y políticas que se entrecruzan y combinan. Los segundos se refieren específicamente a las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo y en particular el acceso a los servicios urbanos: vivienda, agua, luz, salud, educación, etc.

Nuevamente, podemos observar como la movilización del proletariado no se reduce al movimiento sindical ni tampoco a un movimiento propiamente "obrero". El movimiento sindical constituye un eje fundamental de organización, pero el desarrollo de la acción y conciencia de clase del proletariado pasa por la articulación de diversos campos de lucha y organización, que van conformando lo que suele llamarse el *movimiento popular*. Dicho movimiento, a diferencia de las décadas 30-50, ya no se define por su relación con las iniciativas políticas del Estado. Responde más bien a una ruptura con el estado y las clases dominantes y se identifica más naturalmente con los intereses del proletariado. La movilización popular en torno al problema nacional, la democracia y el desarrollo deja de ser hegemonizada por las clases dominantes, crecientemente subordinada a la lógica del gran capital internacional, y responde más a las orientaciones y perspectivas del proletariado.

La pérdida de hegemonía política frente a los movimientos populares y su incapacidad de dirigir un proyecto nacional-popular, obligan a las

clases dominantes a llevar a cabo nuevas estrategia de subordinación social del proletariado. Al no poder conquistar a los movimientos sindicales y populares, dichas clases tienen que dispersarlos y desarticularlos.

La implementación de políticas de dispersión salarial, la desarticulación de organización sindical de grado superior (como el caso de la CGT en Argentina), la negociación fábrica por fábrica, etc. forman parte de estas estrategias, de carácter neo-liberal, reforzadas necesariamente con medidas represivas.

En forma cada vez más explícita, la burguesía busca *centrifugar* a los actores colectivos, impedir su articulación y politización frente al estado y dar un contenido privatista a sus demandas y a negociaciones. Para ello hace prevalecer la *lógica del mercado*. El mercado se transforma en un instrumento fundamental de dominación.

La práctica actual del proletariado en los países latinoamericanos está definida por su resistencia a dichas estrategias neo-liberales, al desarrollo de nuevas formas de lucha y la afirmación de una nueva identidad cultural y política popular que, alimentada por su propia experiencia histórica, va cristalizando nuevas utopías y alternativas de democracia, de nación y de sociedad.

BIBLIOGRAFIA

ALEXANDER, R.

Labor relations in Argentina, Brasil and Chile, Mac Graw-Hill Book Co. Inc., New York, 1962.

BAHRO, Rudolf

La Alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente. Alianza Editorial, Madrid, 1980.

BARRERA, Víctor

Política laboral y movimiento sindical chileno durante el régimen militar. Vector, Centro de Estudios Sociales, Santiago de Chile, 1981.

BENDIX,

Trabajo y autoridad en la industria. Las ideologías de la dirección en el curso de la industrialización, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1966.

BETTELHEIM, Charles

- Revolución cultural y organización industrial en China*, Ed. Siglo XXI, Ed. 1974.
- BLASCO, Juan Carlos
Relaciones laborales en América Latina, en Katzman y Reyna.
- BON, F. y M.A. BURNIER
Classe ouvrière et révolution, Edition du Seuil, Paris, 1971.
- BRAVERMAN, Harry
Trabajo y capital monopolista (la degradación del trabajo en el siglo XX), Editorial Nuestro Tiempo, México, 1980.
- CARDOSO, F.H.
"Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, N° 1-2, 1971.
- CASTELLS, Manuel
La cuestión urbana, Ed. Siglo XXI, México, 1977.
- Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)
Movimiento obrero, sindicatos y poder en América Latina, Ed. Coloquios, Buenos Aires, 1975.
- COSER, Lewis
Las funciones del conflicto social, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- CROZIER, Michel
Le phénomène bureaucratique, édition du Seuil, Paris, 1964.
- Cuaderno Pasado y Presente
Debate sobre la huelga de masas (3 volúmenes). Ed. Siglo XXI.
- DARHENDORF, R.
Las clases sociales y sus conflictos en la sociedad industrial, Ed. Rialp, Madrid, 1962.
- DAVIS, Stanley, Goodman,
Louis Wolf (eds)
Workers and Managers in Latin America, D.C. Heath and Company, Lexington, Massachusetts, Toronto and London, 1972.

DELICH, Francisco

Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973. Siglo XXI, 1974.

Development and change,

Vol. 10, Nº 2;

"Strikes in the third world". *Institute of Social studies,* The Hague, 1979.

DOBB, Maurice

Estudios sobre el desarrollo del capitalismo, Siglo XXI, Ed., 1974.

DRUCKER, Peter

The practice of management, New York, 1954.

FALETTO, Enzo

Movimiento laboral y comportamiento político, en Kaztman y Reyna

FLAUDERS, Allen

Collective bargaining, Penguin modern management, Great Britain, 1969.

FOX, A.

A sociology of work in industry, Collier Mac millan, London, 1971.

FREYSSNET, Michel

La división capitaliste du travail, Ed. Savelli, Paris, 1977.

FRIEDMANN, Georges

El trabajo desmenuzado, especialización y tiempo libre, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1958.

GERMANI, Gino

Política y sociedad en una etapa de transición., Buenos Aires, Paidós, 1962.

GOLDTHORPE, John y

LOOCKWOOD, D.

The affluent worker, Cambridge Univ. Press, 1968-69.

GORZ, André

Estrategia obrera y neo-capitalismo, Ediciones Era, México, 1969.

GORZ, André

Adieux ou Proletariat. Au delá du socialisme. Essai,

- Galillée, Paris, 1980.
- GRAM SCI, Antonio
Consejos de fábrica y estado de la clase obrera, México, 1973.
- GVISHLANI, D.
Organización y gestión, Ed. Progreso, Moscú, 1973.
- HOBBSAWN,
Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Editorial Crítica, Barcelona, 1979.
- HOGGART, Richard
The uses of literacy, Chatto and Windus, 1957 (estudio sobre el estilo de vida de las clases populares en Inglaterra).
- HOROWITZ, (comp.)
Masses in Latin America, Oxford University Press, New York 1970
- HYMAN, Richard
Strikes, Fontana Collins, Glasgow, 1977.
- HYMAN, Richard
Marxismo y sociología del sindicalismo, Ed. Era, México, 1978.
- JELIN, Elizabeth
Espontaneidad y organización en el movimiento obrero
Revista Latinoamericana de Sociología. Nueva Epoca N^o 2. Buenos Aires, 1974.
- JELIN, Elizabeth
“Orientaciones e ideologías obreras en América Latina”, en Kaztman y Reyna.
- JOHNSON, John
Political change in Latin America. The emergence of the middle sector Standord University Press, 1958.
- KAZTMAN, Rubén y José Luis Reyna
Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina, Colegio de México, 1979.
- KERR, Dunlop, Harbison and Myers
El industrialismo y el hombre industrial, Eudeba Buenos Aires, 1963.

- KORNHAUSER, A. R. Dubin and
A.M. Ross
Industrial conflict, Mc Graw Hill, New York, 1954.
- LIPSET, S.
Labor and trade unionism, Wiley, New York, 1960.
- LOJKINE, Jean
El marxismo, el estado y la cuestión urbana, Siglo XXI
Ed., 1979.
- LOCKWOOD, David
*El trabajador de la clase media y un estudio sobre la
conciencia de clase*, Aguilar, Madrid, 1962.
- MAGRI, Lucio, Rossana
Rosando, Fernando Claudín y
Aníbal Quijano
Movimiento obrero y acción política, Serie Popular Era,
México, 1975.
- MALLET, Serge
La nouvelle classe ouvriere, Edition du Seuil, Paris, 1963.
- MARCH, James and Simon Herbert
Organizations, New York, 1958. MATTICK, Paul
- MATTICK, Paul
Integración capitalista y ruptura obrera, Ed. Laia,
Barcelona, 1972.
- MAURO MARINI, Ruy
Dialéctica de la dependencia, Serie Popular Era, 1974.
- MAYO, Elton
Problemas humanos de una civilización industrial, Nueva
Visión, Buenos Aires, 1972.
- MOISES, José Alvaro
"A estrategia do novo sindicalismo", en *Alternativas
Populares de Democracia; Brasil 1980*, Ed. Vozes CEDEC,
Río, 1981.
- MOORE, Wilbert Ellis, Ed.
Labor commitment and social change, Social Science
Research Council, New York, 1960.
- MUÑOZ, Humberto y Orlinda de Oliveira
"Algunas controversias sobre la fuerza de trabajo en

América Latina", en Kaztman y Reyna

NUN, José

Super-población relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Volumen V, Nº 2, 1969.

NUN, José, Alejandro

Alvarez, Elena Sandoval y

Raymundo Arroyo

A situação da classe trabalhadora na America Latina
CEDEC, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1978.

PARSON, Talcotts,

Structure and Process in Modern society, New York, 1965.

PANZIERI y Otros

La división capitalista del trabajo, Ed. Pasado y Presente, 1972.

PECAUT, Daniel y Alain Touraine

"Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina", *Revista Latinoamericana de Sociología* 1966-2 pp. 150-178.

PORTANTIERO, Juan Carlos

"Lo nacional popular y la alternativa democrática en América Latina", en *América Latina 80: Democracia y movimiento popular*, DESCO, Lima,

PREALC

Políticas de empleo en América Latina, Santiago de Chile, 1974.

QUIJANO, Aníbal

Polo marginal y marco de obra marginalizada, CEPAL, Santiago de Chile, 1971.

Revista Mexicana de Sociología Nº2

La situación laboral en América Latina, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, Abril-Junio de 1978.

SIGAL, Silvia y Juan Carlos Torre

"Una reflexión en torno a los movimientos laborales en América Latina", en Kaztman y Reyna.

SINGER, Paul

Economía política del trabajo, elementos para un análisis histórico-estructural del empleo y de la fuerza de trabajo en el desarrollo capitalista. Siglo XXI, Ed. 1980, México.

THOMPSON, Edward Palmer

La formación histórica de la clase obrera, Ed. Laia, 1977
(3 tomos).

TOKMAN, Víctor

“Dinámica del mercado de trabajo urbano en América Latina”, en Kaztman y Reyna.

TOURAINE, Alain

Production de la Société Ed. du Seuil, Paris, 1973.
La sociedad post-industrial, Ed. Ariel, Barcelona, 1969.

VEKEMANS, R.

La marginalidad en América Latina, un ensayo de conceptualización, DESAL, Santiago 1969.

WATERMAN, Peter

The labouring poor in the third world Institute of Social Studies, The Hague, 1979.

WEBER, Henri

Marxisme et conscience de classe, Colection, 10.18, París, 1975.

WEFFORT, Francisco

Participacao e conflicto industrial: Contagem e Osasco, CEBRAP, Sao Paulo, 1970.

WHYTE, William Foote and A.R. Holmberg

Human problems of U.S. enterprise in Latin America, Ithaca, Cornell, New York, 1956.

ZAPATA, Francisco

“Las organizaciones sindicales”, en Kaztma y Reyna.